



STANLEY CAVELL, *¿Debemos querer decir lo que decimos?*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, 464 pp. ISBN: 9788416935703.

Stanley Cavell publica esta obra en 1969, en el período de agitación académica y social que sucede a la ocupación estudiantil del edificio principal de Harvard, en protesta contra la Guerra de Vietnam. Cavell reconoce que esta situación empañó la satisfacción de ver publicado el que será el primer libro de su extensa producción bibliográfica.

El público especializado se refiere a este libro también como una de sus mejores obras. No solo por la calidad de sus argumentaciones y por la originalidad de sus planteamientos, sino porque, con respecto al conjunto restante de su bibliografía, *Debemos querer decir lo que decimos*, constituye el núcleo donde se recogen la mayoría de los intereses que ocuparán las décadas de trabajo del autor.

Dentro de la reconocida importancia de dicha labor en la filosofía anglosajona de las últimas décadas, la aceptación de este libro en concreto es especialmente significativa, quizá solo superado por *Reivindicaciones de la razón: Wittgenstein, escepticismo, moralidad y tragedia* (1979), obra donde se sintetiza todo su pensamiento y que es considerada por ello la más representativa de su trayectoria.

A solo unos días del fallecimiento de Cavell, el pasado 19 de junio de 2018, la lectura de este libro adquiere un posible nuevo sentido, el de reconsiderar la panorámica de toda su obra desde sus circunstancias y motivaciones iniciales. La llegada de Cavell a la filosofía fue consecuencia del abandono de otros sueños y de algunas coincidencias afortunadas. Estudió música en Berkeley y el Julliard Conservatory, donde finalmente, se decantó por una carrera como compositor. Sin embargo, fue la misma lesión auditiva que frustró su deseo de enrolarse en el ejército en la Segunda Guerra Mundial, la que le llevó a abandonar su carrera profesional como compositor y replantearse su vocación. Entonces, inició un período de intenso aprendizaje autónomo, marcado por numerosas lecturas filosóficas, por la asistencia frecuente al cine, la ópera o el teatro y por su afiliación local al movimiento de izquierdas que por entonces hervía en Nueva York. Finalmente, en 1948, ingresa en UCLA para estudiar filosofía, y después continua su carrera académica en Harvard.

161

Será también en Harvard donde, a partir de su encuentro con Austin, Cavell adquiera el convencimiento de poder realizar una aportación útil a la filosofía. Llevará a cabo esa determinación a lo largo de toda su carrera con las mismas dos actitudes que marcaron su época de estudiante: las lecturas numerosas e indiscriminadas y la escritura constante que al principio llenaba sus cuadernos sin una forma sistemática.

Algunos de los trabajos de esos años, los más determinantes en los años posteriores, constituyen este libro. Tanto por su estructura como por el carácter multitemático pero cohesionado de su contenido, lo subtitula *Libro de ensayos*. También, en el prefacio que dedica a esta edición, Cavell utiliza dos palabras para describir lo que, en su opinión, significa el libro dentro de su obra: anticipación y esfuerzo. *¿Debemos querer decir lo que decimos?* fue, según su autor, un libro difícil de escribir, al que costó dar forma y que constituye el avance de todos los ensayos y libros que lo siguieron.

Cada uno de los diez ensayos que componen el libro trata un problema distinto, de forma específica y detallada, como corresponde al estilo de Cavell. Sin embargo, todos ellos se ocupan del panorama intelectual de los años sesenta en Estados Unidos, de manera que existe un constante diálogo entre los textos y el libro se organiza en secuencias temáticas que anticipan las décadas posteriores de intensa actividad académica del autor.

La primera de dichas secuencias se centraría en la tensión entre filosofía analítica y continental. Al respecto, la filosofía de Cavell es uno de los ejemplos más singulares. Su pensamiento parte del marco teórico formado por el segundo Wittgenstein, la filosofía de Austin y el existencialismo de Kierkegaard. En este sentido, Cavell reivindica la concepción integral que ofrece la teoría semántica y pragmática del significado frente a los criterios de rigor metodológico y claridad de las concepciones formales.

El interés y valor de este modo de hacer filosófico no se reduce a la denuncia de los posibles excesos o insuficiencias de la filosofía tradicional ni tampoco al estudio del uso del lenguaje. Por el contrario, la productividad de esta forma de hacer filosofía debe buscarse en los motivos de aquellos que la ponen en práctica. Cavell parte de la filosofía de Wittgenstein para realizar una reformulación trascendental de la filosofía del lenguaje ordinario.

Esta no debe ocuparse directamente de los fenómenos del lenguaje, sino de la posibilidad de los mismos. Es decir, su objeto son las condiciones que determinan lo que podemos hacer y decir, o dejar de hacer y decir. Estas condiciones equivalen a los criterios del mundo ordinario, el mundo en que actuamos en el día a día, siempre en relación con otros objetos y personas. La productividad de la filosofía del lenguaje,

por tanto, está clara: se ocupa de las condiciones de nuestra existencia. Del mismo modo, el concepto de lo ordinario es fundamental en la filosofía de Cavell. Aunque las condiciones del mundo ordinario constituyen el objeto de la filosofía, este no es de carácter cognitivo, sino vivencial. Por tanto, la importancia filosófica de lo ordinario es de carácter trascendental y consiste en descubrir las condiciones para el mundo compartido.

Esta es la cuestión tratada en los ensayos “¿Debemos querer decir lo que decimos?” —que da título al libro—, “La accesibilidad de la segunda filosofía de Wittgenstein”, “Austin y la crítica” y “Una cuestión acerca de querer decirlo”. En cada uno de dichos textos, Cavell desarrolla su consideración de la filosofía del lenguaje ordinario en relación con otro de sus grandes temas: la cuestión de la autoría y la interpretación. Ambos consisten, para el autor, en retos que forman parte de la praxis de la filosofía y de los que se hace cargo de forma minuciosa. En cada texto elige una controversia académica concreta y la extrapola con un problema general sobre la filosofía del lenguaje ordinario. O bien, en otros casos, se esfuerza por depurar y hacer accesible lo que considera que son insuficiencias o errores de la bibliografía secundaria sobre Austin, Wittgenstein o los filósofos de Oxford en general.

Entre estos ensayos existe un denominador, la cuestión acerca de lo que queremos decir o de lo que debemos querer decir. Esta es la noción más presente en el libro. Se trata de una cuestión relacionada directamente con los dos ámbitos más importantes de su filosofía, el autoconocimiento y el escepticismo. En este sentido es, por supuesto, una cuestión epistemológica. Sin embargo, en la medida en que se refiere directamente al mundo ordinario, también hace referencia a la condición que, para Cavell, tenemos que asumir como parte de todo nuestro conocimiento y que consiste en un compromiso ético y ontológico con nuestra propia limitación y falibilidad.

En nuestra experiencia del mundo ordinario están ausentes la distancia reflexiva y la justificación. En cambio, nuestra conexión con lo ordinario se da en la aceptación y el reconocimiento. La aceptación es una necesidad de nuestro hacer y decir cotidiano, mientras que el reconocimiento es una exigencia social. En cierto modo, el individuo necesita que su singularidad sea reconocida por aquellos con los que comparte el mundo ordinario. Y, al mismo tiempo, el reconocimiento es siempre una situación de encuentro; solo tiene lugar si es de forma recíproca.

Cavell introduce por primera vez la noción de reconocimiento en uno de los ensayos del presente libro, titulado “Conocimiento y reconocimiento”. En este ensayo se recogen algunos de los conceptos e intereses más importantes que serán desarrollados de forma exhaustiva y brillante en su obra cumbre *Reivindicaciones de la razón*. Y, en “La evitación del amor. Una lectura del Rey Lear” profundiza a través de su

lectura de Shakespeare, en el carácter ético que tiene la distinción entre conocer y reconocer. El mismo carácter que supone un compromiso moral y ontológico con nuestras propias limitaciones.

Al respecto, es importante el papel que tiene el escepticismo en la filosofía de Cavell. Para el autor, el peligro del escepticismo es una condición que hay que asumir. Por un lado, el escepticismo supone la negación de nuestra seguridad epistémica acerca del mundo; pero por otro, como postura implica convertir la justificación en la parte más importante del conocimiento. Cavell admite que podemos ser escépticos acerca de la existencia de otros individuos o de otras mentes o bien serlo acerca de los objetos del mundo. Sin embargo, en nuestra experiencia del mundo ordinario no hay lugar para el escepticismo. En el día a día, no ponemos en duda la existencia de lo que nos rodea y esto funciona como una condición de posibilidad para nuestro decir y hacer cotidianos.

Por eso, Cavell se plantea los motivos o las condiciones por las que se puede llegar a asumir una actitud escéptica. Las dos clases de escepticismo, el referido a las otras mentes y el referido al mundo, son resultado de dos posibles tipos de aislamiento: la abstracción y el solipsismo. Se trata de movimientos opuestos a la aceptación y el reconocimiento mediante los cuales nos relacionamos con el mundo ordinario. Por ello, asumir el escepticismo como una condición implica recuperar lo ordinario. Con ello, se suprime la amenaza escéptica de eludir la responsabilidad del conocimiento.

164

El planteamiento en el que Cavell discute el escepticismo en estos ensayos es el de la relación entre la filosofía y la creación artística. Este es el tema de los restantes ensayos “Problemas estéticos de la filosofía moderna”, “Final del juego de la espera. Una lectura de Fin de partida de Beckett”, “Sobre la autoridad y la revelación en Kierkegaard”, “Música descompuesta” y también, “La evitación del amor. Una lectura del Rey Lear”.

La reflexión estética de Cavell se desarrolla igualmente en función de la influencia de Wittgenstein, Austin y Kierkegaard y responde también a la actualidad cultural y política de la Norteamérica de finales de la década de los sesenta. El auge del Modernismo traía consigo un nuevo abanico de posibilidades para la crítica artística y también, problemas inéditos para las teorías del valor. Cavell refleja esta problemática de forma general y también acotada, en relación, por ejemplo, con el Expresionismo abstracto o la música no tonal.

La exigencia del reconocimiento se extiende a los objetos como las obras de arte. Parte de su significado consiste en que nos percatemos de ellas. Sin embargo, aunque esta exigencia mantiene su carácter cultural, conlleva un tipo de conducta distinta a la que corresponde al conocimiento. Tanto el arte como la filosofía son formas de relación con lo ordinario anómalas y ambivalentes. Son extraordinarias. Es este carácter

especial el que las hace distintas del mundo ordinario y al mismo tiempo, las lleva siempre a inclinarse a él.

En este sentido de conexión entre el escepticismo y el reconocimiento, es en el que Cavell reflexiona sobre la tragedia, a la que considera la forma moderna de expresión artística. La única alternativa posible al reconocimiento es la evitación, es decir, asumir como disposición los criterios del escepticismo. Lo que, precisamente, equivaldría para Cavell a la negación del mundo y de lo humano.

*María Cristina González Álvarez*